

se los trataba bien, pero a nosotros ... Sí, algunos guardias también enloquecieron. Uno se pegó un tiro; otro también, pero por algo muy especial. Teníamos un compañero enfermo que se agravó y pedimos un médico. El no lo trajo. Finalmente el compañero se murió en la celda por falta de atención. Cuando veíamos al guardia responsable de esto empezábamos a gritarle: '¡Asesino! Asesino!'. Bueno, no resistió, se pegó un tiro. Otros guardias pidieron traslado o se jubilaron antes de tiempo".

El compañero nos contaba todo con tranquilidad y, cuando hablaba de cómo "no les había dado el gusto" manteniéndose convencidos y lúcidos, le brillaban los ojos. Le preguntamos por él - después. Qué síntomas tenía? No, ninguno. Pesadillas? Sí, a veces. Pero eso no es lo peor, dice. Es terrible cuando sueña que está con sus dos hijos en alguna situación cotidiana y trivial; pero al despertar y notar que sólo fue un sueño -porque le mataron a ambos mientras él estaba en la cárcel- entonces sí, se pone muy mal. De su mujer dice que aguanta y que "además tiene fe", por lo que la acompaña cada domingo a misa, -- aunque no sabe si es creyente: "cuando me torturaban tanto para que delate dónde estaban mis hijos, sí recé. Pedí a Dios que no permitiera que los encuentren y, desde ya, a pesar de la tortura, no abrí la boca. Cuando después me enteré que los habían matado, ahí creo que perdí la fe. Pero mi mujer - que nunca militó, no por desacuerdo sino para proteger a nuestros hijos, ahora sí milita".

Sentimos profunda estima por la fortaleza de este compañero. Y en algo nos transmitió su optimismo: con esta clase obrera, de la cual es un representante, la larga lucha será ganada.

LA TORTURA Y SUS OBJETIVOS

Pasaremos ahora al segundo aspecto de nuestro trabajo, la tortura misma, con toda la dificultad emocional que eso implica. Todos los autores que se han ocupado del tema coinciden en - que la tortura moderna, aunque sirva en algunas oportunidades para obtener información si logra doblegar al torturado y éste tiene datos concretos, pretende simultáneamente otras medidas: una consiste en aniquilar la conciencia del detenido, pero otra, tal vez la más importante, crear el terror en la población: en la Argentina actual se deja entrever la realidad - de modo quien transgreda las normas "legales" sepa cuál puede ser su destino; este "filtrado" de informaciones concernientes a la tortura, desapariciones, etc., llega inclusive a los mismos medios masivos de comunicación. En los países del Cono Sur es actualmente difícil encontrar a alguien que no tenga entre familiares, amigos o compañeros cercanos, a varias personas - víctimas de la represión: secuestradas, detenidas, torturadas o muertas. De este modo las autoridades militares intentan - crear, en quien no esté realmente comprometido, primero el - terror y luego la consiguiente autocensura, sofocando así - - cualquier manifestación de oposición o crítica, y a lo largo - la indiferencia y la negación.

Pero, con qué métodos "científicos" se busca poner en marcha mecanismos psicológicos en el torturado para lograr su "demolición", "aniquilamiento" o "pérdida de identidad"? En parte ya los mencionamos: la privación sensorial (vendas, ninguna tarea, etc.) el desamparo total, el dolor físico intolerable, la ambigüedad de la situación, lo atemporal. Se regresa, se confunde la situación actual con viejos temores, tiempo atrás aparentemente olvidados. Es el infierno, no el purgatorio, es para siempre. El cansancio extremo, el dolor físico, hacen -- que se pierda el último baluarte, el propio cuerpo. O no el - último se logra mantener su coherencia. De estos casos hablaremos después. Antes trataremos la descripción que Viñar hace de un "antihéroe", de quien no pudo resistir, y a quien no debiéramos juzgar porque no todos somos héroes.

Viñar describe tres etapas: la primera, la más denunciada y conocida, tiene como meta el aniquilamiento del individuo, la destrucción de sus valores y convicciones. La segunda desemboca en una experiencia límite de desorganización de la rela -- ción del sujeto consigo mismo y con el mundo: es la "demoli-- ción", expresión que Viñar tomó de alguien que la había sufri do. En la tercera etapa se da la resolución de esta experien cia límite: termina la crisis y se produce la organización de una conducta restitutiva.

Pedro es el ejemplo que Viñar da de su "antihéroe", personaje no real sino armado como "abstractus" de toda una generación de intelectuales uruguayos de buena fe: no es un guerrillero sino alguien que imprimió unos volantes, un humanista que no imaginó el sadismo de los "sabios" imperialistas de la geopolítica y que jamás pensó que a él podría llegar la represión, una persona que no sospechaba que pudiera reprimirse cualquier protesta y toda libertad.

Y su convicción de largos años -su identidad- le obligó a -- protestar a través de un volante.

Lo llevan, encierran y torturan. Se indigna y resiste. Le dicen delincuente, lo insultan y pisotean. ¿Cuándo empieza la demolición? Comienza con la introyección del oficial, en medio de su soledad y desamparo total: empieza a hablarse a sí mismo, diciendo lo del otro. Algo se rompía dentro de él: su concepto del mundo. Se preguntó si estaba loco. Ellos, - tan seguros de sí mismos en apariencia ¿tal vez tenían razón?. Le mostraban a viejos compañeros suyos encarcelados como él y ahora sumisos y adictos al poder. Sentía el contraste terrible entre él, sólo, con su mundo antes desdibujado, sucio, dolido, mandado de orina y vómitos, y el oficial limpio y "correcto", diciéndole: "tengo tiempo, no te soltaremos hasta -- que hayas cambiado, reconocido el camino verdadero". El tenía el poder absoluto de matar o de soltarlo, de permitir que coma,

duerma o de privarlo. Y parecía seguro y contento, mientras que sus compañeros estaban sucios, incoherentes y mutilados. Pedro, sumergido en la confusión y la locura, se "salva" eligiendo el "orden" aunque sea eligiendo el "orden" fascista: - admira al oficial. Cuando salía de su fascinación se preguntaba qué hacer con el traidor que había dentro de él, que lo transformó para el nuevo régimen, de un tipo decente y con convicciones, en "delincuente subversivo". Igualmente firmó el acta, aunque ahora comenzaba una nueva tortura psicológica, la de sentir que llevaba dentro suyo a un traidor. Pero ya que era traidor, para qué soportar nuevas torturas físicas? Ahora contesta y dice lo que ellos quieren, ya sin sentir remordimientos porque estaba demolido. Todo era lo mismo: ni su liberación lo conmovió. El pensaba que había sobrevivido porque el oficial era bueno. Y una vez afuera, aunque ya de nuevo de distancia del oficial y de la experiencia vivida, nunca más recuperará su identidad y su autoestima.

Cómo evitar la demolición? Viñar nos contesta a través de las palabras de otro compañero, que supo sobreponerse: "Hay que perder el miedo a la muerte".

Hasta aquí Viñar tiene razón, hay que perder el miedo a la muerte. Los mártires cristianos resistieron hasta el final - porque creían en otra vida. El mecanismo de defensa del revolucionario -religioso o ateo- es parecido pero no idéntico.

Cuando el torturado logra renunciar a la propia supervivencia proyectándose en su organización y sintiéndose parte de la liberación de los oprimidos, se vuelve "inmortal" y salva su integridad mental. Pero no solamente estará así protegido el miembro de un partido revolucionario. Tuvimos oportunidad de hablar con un "intelectual" de izquierda que nunca había militado. Fue encarcelado y bárbaramente torturado, como Pedro. Pero no sufrió la demolición. "Cómo hiciste -preguntamos- cómo pasaste esas noches terribles y llenas de angustia y terror? "No, -contestó él- mis noches curiosamente estaban teñidas de paz. Pensé en mi vida, pensé qué había hecho bien las cosas. Que, aunque no sabía de lo que ellos pretendían sacarme, había hecho otras cosas que según las reglas del juego de ellos merecían cualquier castigo. Pero estoy contento con mi vida y con lo que he hecho. Y si me matan podrán privarme de mi futuro, pero nadie me quita lo bailado". Hay otro factor importante que protege contra la demolición: es el odio. El "no darles el gusto" como nos había dicho el compañero del que hablábamos antes. Ellos, los enemigos, intentan con todos los medios llevar al preso a la confusión, a una profunda regresión. Silvia Amato describe los pasos, que transcribiremos a riesgo de repetición: Primero el desamparo, la capucha, la pérdida de la noción del tiempo, la inmovilidad, el no tener cara, la pérdida de la propia personalidad. Segundo: el dolor constante, el cansancio, la imposibilidad de satisfacer las necesidades básicas, que se destinan a sacar al preso de la dimensión política:

al preocuparse solamente de la sobrevivencia, se pierde el sistema de valores; y alguien, cualquiera, siempre que sea amable -el oficial "limpio" de Viñar- ya no parece tan malo. El tercer paso: la regresión profunda (la demolición?) en la cual el preso puede estar dispuesto a aceptar la ayuda a cualquier precio; ahí aparece "el bueno". "Aquí quieren robarle el odio -cuenta una muchacha a Silvia Amati- y es el odio lo único que te protege contra la confusión, mantiene tu identidad y tu sistema de valores. Y junto con el odio se alimenta la autoestima y se lucha contra la impotencia, al no renunciar a la comprensión política de la situación, al desmintificarlos a "ellos", al no olvidarse de la solidaridad y la meta final de la lucha".

Veamos otro ejemplo de esta situación límite: una muchacha que uno de nosotros tuvo la oportunidad de atender porque al año de haber caído presa y haber sido torturada, entró en crisis - de angustia y temor de enloquecer o suicidarse. El cuadro clínico respondió, como pudo verse en el curso del tratamiento, a una neurosis traumática. A través del análisis de los sueños pudo reconstruirse la regresión que ella había sufrido en su cautiverio, los temores y las creencias infantiles que surgían, cómo se mezclaron sus sensaciones y sentimientos con viejos temores al infierno -lo terrible era lo atemporal y eterno del castigo- y con sus ideas infantiles del pecado. Sin embargo - aguantó y nunca habló, pero una mañana estaba cerca de la locura.

Como es costumbre, había un "bueno" y un "malo". Este la había amenazado: "esta noche no te dejo dormir". Ella estaba esposada, con los ojos vendados y en el piso. El vino una vez y le quitó parte de su ropa; a la hora la bañó en gasolina; una hora más tarde vino a ajustarle las esposas en exceso y así seguía esa noche hasta que vino el "bueno" y se sienta a su lado diciendo: "Eres una buena chica, pronto te van a soltar. No quieres hacer el amor conmigo? Aquí tienes un cigarrillo, ¿quieres probar?. Ella fumó ávidamente, hasta darse cuenta que era mariguana. Finalmente dejó de tener frío pidió una manta y el "bueno" se la dió. Y ella entró en una crisis de despersonalización: temía enloquecerse, no sabía más quién era y qué hacía allí. Hasta que, con sus manos esposadas, pudo tocar el género de su blusa y acordarse penosamente cómo era esa blusa, cuándo la había comprado, cuándo -- usado. Aliviada, se sintió de nuevo ella misma. Pero en su tratamiento pudimos recién comprender por qué esa noche había sido tan peligrosa para ella, y también por qué en sus sueños, se sentía culpable aunque nunca había delatado: el peligro - máximo de esa noche había sido que mientras el "bueno" le hablaba, le daba una manta y un cigarrillo, le prometía su pronta liberación, ella no había sido capaz de odiarlo.

PSICOPATOLOGIA DE LA TORTURA

Esa y tantas experiencias que hemos visto nos muestran de manera categórica cómo la tortura -en el sentido general como en el concreto- en un verdadero shock traumático, una neurosis traumática, independientemente de la referencia a la historia previa de la persona (series complementarias, etc.) Pero nos muestra también por qué un tratamiento psicológico es, de ser factible su realización una vez en libertad, de suma importancia para evitar la formación de sintomatología, sea cual fuere ésta.

Desde el punto de vista psicoanalítico se puede aclarar los procesos que señalamos. La lucha política es imposible sin cierto maniqueísmo, donde muchas veces, y en diferentes grados, resulta necesario ver al mundo blanco y negro, consistente en buenos y malos. Una interpretación posible a esta polaridad es la que presenta Melanie Klein y su escuela, describiendo lo que domina posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Siempre de acuerdo a tal postura teórica, durante toda nuestra vida oscilamos entre ambas posiciones. Pero investigaciones posteriores, especialmente de Donald Meltzer, Hanna Segall y Herbert Rosenfeld- que concuerdan también, aunque en otra terminología, con los conceptos de José Bleger_ indican que previa a la posición esquizo-paranoide, que permite separar el "bien" y el "mal", existe una confusión primaria a la que se regresa en situaciones límites -

internas (psicosis), o -agregariámos ahora externas-, en la cual prevalece la incapacidad de "discernir entre lo bueno y lo malo", entre estar dentro o fuera de un objeto, entre la realidad interna y externa, y entre las distintas zonas erógenas y sus funciones.

Es decir que puede caerse en la confusión cuando el enemigo se disfraza de "bueno" y ya es difícil distinguirlo, situación que llega a presentarse por lo que hemos visto en nuestra práctica, pese a que generalmente los detenidos políticos conocen tal maniobra de las fuerzas represivas, conocimiento que no es suficiente ante la realidad traumática que se sufre. En estas circunstancias, el preso pierde en esta lucha a muerte, que se establece entre torturador-torturado de la cual nos habla Carlos Castilla del Pino. Quien señala, basándose en la teoría de la comunicación, que existe una propuesta del torturador: la exigencia de sumisión total del torturado, sumisión confirmatoria de la potencia del torturador. Si el torturado no acepta la sumisión, descalifica la identidad del torturador. - Citamos: "La frustración del torturador es tanto mayor cuando no es reconocido en la posición e identidad que él mismo propone y precisamente frente al torturado. El torturado corre el riesgo de perder su identidad, pero el torturador también. Y el torturador necesita ser omnipotente, porque en contraste con el torturado, el preso político, carece de identidad propia. Esta se la da precisamente, su oficio". (2)

Sí, lo que salva, es la lucha a muerte, la falta de temor a la muerte, personal, ya que uno se proyecta en sus compañeros -- que llegarán a la meta final: colocando en ellos el mantenimiento de la autoestima, tanto a nivel racional como recurriendo a viejas fuentes narcisísticas (identidad proyectiva)."Uno se dice -nos comentó un militante- que si se canta el nombre de un compañero, éste sufrirá lo mismo que uno está sufriendo ahora. E igualmente uno será deshecho. Si uno empieza a cantar ellos se enardecen más; ya saborean la victoria final, la confirmación de su omnipotencia, y te destrozan". Pero cuando los demás recursos parecen fracasar queda el último: la locura.

Como conclusión tomamos el relato de una muchacha uruguaya, - del trabajo que Viñar junto a Amigorena titularon "La instancia tiránica",:

Cuenta Daniela: "Cuando me detuvieron me pregunté, ¿podré resistir?, y me acordé de la frase de un compañero: "no tengas miedo del miedo". Eramos ocho en el comité de huelga y nos pescaron sólo a dos. Lo primero que pensé fue: "estos hijos de puta no me van a hacer confesar, no me van a separar para siempre de mis compañeros". Y en el camión militar recité internamente un poema de Naxim Hikmet y me decía que su corazón estaba aquí, conmigo.

"Ustedes saben lo que me hicieron. Yo no sé si durante horas o días, si varios o uno solo, porque ellos rompieron mi sentido del tiempo con la capucha y con el submarino.

"Al principio estaba vestida, y mientras estábamos en igualdad de condiciones ellos eran mis enemigos y yo prisionera de guerra. Cuando se dieron cuenta de que no iba a cantar, me desvistieron, después ... Ya ni lo sé, prefiero no acordarme. Cuaundo me di cuenta que me iban a violar, bajé la cortina, y en mi fantasía me reuní con mis compañeros. "Que hagan lo que quieran con mi cuerpo". Yo estaba con Luis, con Pablo, con los míos. Pero llegó el momento en el cual no me dejaron más pensar: me lastimaban tanto que comencé a insultarlos, a putearlos, y -- ellos me dieron más y más. Pero cuando el dolor se volvía totalmente insopportable, pude agarrar una cosita, tal vez absurda: me dije que 'quieren hacerme callar para que confiese'. Y me sentí mejor al poder mantener este pensamiento en esta situación. Por eso seguí insultando como una máquina y ellos - furiosos, pero era la única manera de evitar que ellos entren en mi cabeza.

"De repente me vino una imagen: me ví como un ratón en su agujero, y afuera el gran gato que no puede entrar. En alguna parte mía me pude burlar de ello pero en seguida todo se volvió oscuro.

Ahora puedo llorar. Pero allá, allá me aferraba con todas mis fuerzas, no sé cómo llamarlo, a algo que ellos no podían saber de mí: ni robarme, ni ensuciar, ni romper, ni violar. Como el cofre de un tesoro secreto, estos tesoros que los niños guardan celosamente, aunque no contengan más que un caracol o una bolita de color. Y yo había puesto en este cofre los nombres de mis compañeros de comité.

"Después... Ustedes saben, en estas cosas no hay antes ni después. Bueno, entré en pánico. No sabía más si lo que ocurría pasaba dentro de mi cabeza o afuera de verdad. Los tipos comenzaron a transformarse en monstruos, en extraterrestres, estaban hechos de metal, como las máquinas de la fábrica donde trabajaba. Y me trituraban los dedos, la lengua y los ojos; y en otros momentos los veía minúsculos, ridículos, asustados.

"Finalmente se transformaron en las monjas de mi colegio, y ya no pudieron hacer nada y yo seguí insultando. En este momento me mandaron a la clínica psiquiátrica y yo me veía vestida de blanco, con mi ropa de la primera comunión, con mi libro de mi sa que me había regalado mi abuela, y el libro estaba bien, -- bien cerrado entre mis manos. Dentro del libro había algunas flores secas, descoloridas, creo que eran pensamientos de color rojo y negro. Elos no se daban cuenta, no sabían nada de nada, ni siquiera vieron el libro y no sabían que yo estaba dentro - del libro, yo junto con todos mis compañeros.

"Y ahora, aunque lloro, me divierte haberme escapado como tomando mi primera comunión, aunque haya sido para llegar al hospital psiquiátrico. Y cuando me soltaron, diciendo que me había curado pero me largaron porque creían que ya no servía para nada, he empezado de nuevo a militar".

"Me recuerdo que el psiquiatra me dijo que mi enfermedad era - ser muy masoquista, y que si empezaba de nuevo a militar era - lo mismo que suicidarme o querer matar a mi familia. Yo no sé nada de psiquiatría, ni de psicoanálisis, doctor, tal vez el - psiquiatra tenga razón. Pero para mí no hay diferencia entre la vida y la lucha, y todos debiéramos luchar para que en el - futuro nadie sufra de masoquismo, ni de sadismo, ni de todas - esas cosas".

BREVE ENFOQUE SOBRE EL DOCUMENTO DEL EQUIPO DE SALUD MENTAL

1. El documento en cuestión parece incompleto y constituye, a mi modesto juicio, un análisis superficial, sicológico, que sólo presenta "casos" como fruto de un interés meramente profesional. Parece más bien que el documento serviría como punto de partida para una reunión clínica entre sicólogos, sirviendo para "discutir" en sentido profesional. Creo que en una reunión de ese tipo daría lugar a serias críticas.
2. Dejando de lado los aspectos gramaticales (la redacción no es afortunada), que podrían corregirse antes de cualquier intento de publicación, el documento abusa de una cerrada e incomprensible terminología sicólogista, con palabras y giros sintácticos artificiales, que dificultan la lectura del documento.
3. Lo más grave es que falta el necesario análisis político, cuando justamente lo que se supone es que el documento debería producir hechos políticos. Pareciera que quienes redactaron el documento no se preguntaron a quién o quiénes va dirigido, vale decir que no se ha escrito aparentemente pensando en el receptor del mensaje.
4. Consiguentemente, propongo que por la Secretaría respectiva se encomiende una más adecuada presentación y un nivel científico y fundamentalmente político congruente con los objetivos que se persiguen.